

BENDICIONES OTOÑALES



El otoño es un tiempo de cosecha y de plenitud. Tiempo de acción de gracias por las cosechas ricas y abundantes es el otoño; una época de belleza y luz, colores y alegría por dondequiera. El hombre ha llenado sus graneros de toda suerte de frutos que trae el otoño: maíz, patatas, uvas, manzanas, peras, remolachas de azúcar, castañas, ciruelas y muchas cosas, como las nueces, que contentan el corazón del hombre. Se lanza a las calles para celebrar sus fiestas populares de acción de gracias; gracias al que llenó sus cámaras de tantos bienes.

Octubre es el “mes de oro”, como se le llama en el continente europeo, pues las hojas de los árboles se tiñen de rojo, amarillo, verde claro, y de todas las combinaciones imaginables. Los bosques encendidos de miles de colores muestran al hombre la belleza y soberbia del Hacedor. El cielo es quieto y azul; el ambiente se va enfriando poco a poco, anunciando la pronta llegada del invierno.

Hay mucha gente que se entristece en esa época. A mi me gusta y contenta. Una caminata por el bosque, venciendo alturas de montañas, y contemplando todo aquel espectáculo maravilloso de luz y de color, llena mi corazón de satisfacción y me pongo a pensar..., pues Dios lo hizo todo con elegancia y perfección indecibles.

Cada vez que llega el “mes de oro,” comienza también un tiempo para acordarse de la bondad y misericordia de Dios, que, en verdad, deberían marcar todos los días de nuestro vivir. Su amor hace nacer y madurar todas las cosas. Cuando el hombre va por en medio de los campos plenos de cosechas ricas, ve la fidelidad del Todopoderoso para con su creación.



Me estremece la realidad de mi propia infidelidad; pero me regocijo al observar la constancia de la bondad de Dios. ¿No debería ir de rodillas toda criatura para dar la gloria y la honra y la bendición al que era, y que es, y que será?

¡Cuántos bienes que Dios nos da! ¡Con cuánta alegría llena nuestras vidas! ¡La tierra está llena de su plenitud! ‘—y el hombre no quiere ver las maravillas del Eterno. Nos ocurre como a aquellos hombres, en tierras de Israel, que vieron el Verbo de Vida; contemplaron su grandeza, y disfrutaron de su misericordia, habiéndoles devuelto Jesús la vida para que contemplasen la luz del “mes de oro”. Solo uno volvió a Jesús y le dio gracias (Lucas 17:11-19). Jesús, siendo el

Hacedor y Sustentador de todas las cosas, también devolvió la vista a unos ciegos. Dice la Escritura:

“y dos ciegos que estaban sentados junto al camino..., clamaron diciendo: ¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros!... entonces Jesús, compadecido les tocó los ojos, y en seguida recibieron la vista; y le siguieron” (Mateo 20:29-34).

Jesús muestra en toda su manera de ser amor, y bondad, misericordia, gracia y benignidad, y justicia. Así como El nos llenó de todos sus bienes, nosotros debemos mostrarle nuestra gratitud, amándole y obedeciéndole (Juan 14:15; 15:14).

“En aquella misma hora Jesús se regocijó en el Espíritu, y dijo: Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeñuelos. Si, Padre, porque así te agradó. Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar. Y volviéndose a los discípulos, les dijo aparte: Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis; porque os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron” (Lucas 10:21-24).

Así como Octubre es el mes glorioso del otoño, mes de plenitud y de bendiciones divinas, así también es el mes que anuncia al hombre la llegada del invierno, Pronto, en Noviembre, comenzarán los vientos fríos a soplar y a desvestir la naturaleza de su traje espléndido. Pronto, la nieve de Diciembre, blanca y densa, cubrirá la madera desnuda de los bosques y parques. Todo parecerá soledad y tristeza. Es como si Dios cubriera el paisaje de un inmenso manto blanco para dejar dormir su creación. Muchos viejos se van entonces a su lugar eterno, y muchos se visten de melancolía.

Con todo hay esperanza. Comenzando Marzo, la nieve comienza a diluirse, y las primeras flores sacan sus cabecitas de colores como si quisieran convencerse de que ya todo pasó. Y las hierbas y los árboles, poco a poco, se visten de majestad y resplandor. De repente, sin darse cuenta el hombre, ha pasado todo. Es como un toque de trompeta que va por toda la tierra, diciendo: “alegraos, pues llegó la primavera”, y la naturaleza prorrumpe en júbilo, vistiéndose de su traje más bello. No nos queda más que decir con el salmista:

“A sus orillas habitan las aves de los cielos; cantan entre las ramas. El riega los montes desde sus aposentos; del fruto de sus obras se sacia la tierra. El hace producir el heno para las bestias, y la hierba para el servicio del hombre, sacando el pan de la tierra, y el vino que alegra el corazón del hombre, el aceite que hace brillar el rostro, y el pan que sustenta la vida del hombre. Se llenan de savia los árboles

de Jehová, los cedros del Líbano que él plantó. ¡Cuán innumerables son tus obras, oh Jehová! Hiciste todas ellas con sabiduría; la tierra está llena de tus beneficios. Sea la gloria de Jehová para siempre; alégrense Jehová en sus obras” (Salmo 104: 12-17, 24, 30-31).

“Cantad alegres a Dios, habitantes de toda la tierra. Servid a Jehová con alegría; venid ante su presencia con regocijo. Reconoced que Jehová es Dios; él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos; pueblo suyo somos, y ovejas de su prado Porque Jehová es bueno; para siempre es su misericordia. Y su verdad por todas las generaciones” (Salmo 100:1-5).

Verdad, el otoño es una época bella cuando uno tiene ojos para ver y oídos para oír. Dios nos rodeó de belleza indecible por dondequiera. Hay esperanza para el hombre de un nuevo amanecer, de una nueva primavera, pues Dios nos sacará de nuestras penas y tristezas para llenar nuestros corazones de alegría y felicidad. Acógete a El, y amanecerá en tu ser un “mes de oro”. Sea un tiempo de acción de gracias siempre en nuestro ser, alabando al Señor por sus bondades. “...oh Dios de nuestra salvación, esperanza de todos los términos de la tierra, y de los más remotos confines del mar, tú, el que afirma los montes con su poder, ceñido de valentía...tú haces alegrar las salidas de la mañana y de la tarde. Visitas la tierra, y la riegas; en gran manera la enriqueces; con el río de Dios, lleno de aguas, preparas el grano de ellos, cuando así la dispones... tú coronas el año con tus bienes, y tus nubes destilan grosura...” (Salmo 65:5-13) “Cuán asombrosas son tus obras!” (Salmo 66:3).